

FEMINISMO, PSICOLOGÍA Y LA CONSTRUCCIÓN DE GÉNERO DE LA SUBJETIVIDAD NEOLIBERAL: DE LA CRÍTICA A LA DISRUPCIÓN

FEMINISM, PSYCHOLOGY, AND THE GENDERING OF NEOLIBERAL SUBJECTIVITY: FROM CRITIQUE TO DISRUPTION

Alexandra Rutherford¹

Correspondencia:
Alexandra Rutherford
alexr@yorku.ca

Traducción: Adriana Kaulino. Académica. Universidad Diego Portales.

Revisión de Texto en Español: Felipe Rex. Universidad Diego Portales.

Este artículo es una traducción autorizada del original publicado en *Theory & Psychology*, Vol. 28 Núm. 5, pp. 619-644, 2018². <https://doi.org/10.1177/0959354318797>

RECIBIDO: SEPTIEMBRE 2024 | PUBLICADO: ENERO 2025

Resumen

Numerosas académicas feministas han argumentado que las mujeres, especialmente las jóvenes, han sido construidas como sujetos neoliberales ideales. Inspirándose en enfoques foucaultianos que extienden el neoliberalismo más allá de un conjunto de principios de libre mercado a una dinámica que crea nuevas formas de subjetividad, estas académicas han demostrado las omisiones entre el “postfeminismo” y el neoliberalismo en el posicionamiento de las mujeres jóvenes como consumidoras, autoayudantes y agentes “empoderadas” por excelencia. Las disciplinas “psi” han participado activamente en la construcción de género de la subjetividad neoliberal, y aquí reviso selectivamente críticas feministas a esta complicidad. Estas críticas problematizan los discursos de empoderamiento, agencia y elección, incluso cuando estos han permeado a la propia psicología feminista. Luego, considero los recursos teóricos disponibles dentro y fuera de la psicología feminista para perturbar e incluso desplazar las formas neoliberales de subjetividad. Basándome en ideas de estudios psicosociales, enfoques interseccionales y decoloniales, historia crítica y pensamiento coyuntural, realizo una lluvia de ideas sobre algunas alternativas que las psicólogas feministas podrían ofrecer.

Palabras claves: Decolonización, feminismo, género, interseccionalidad, neoliberalismo, subjetividad.

Abstract

Numerous feminist scholars have argued that women, especially young women, have been constructed as ideal neoliberal subjects. Informed by Foucauldian approaches that extend neoliberalism beyond a set of free market principles to a dynamic that creates new forms of subjectivity, these scholars have demonstrated the elisions between “postfeminism” and neoliberalism in the positioning of young women as consumers, self-helpers, and “empowered” agents par excellence. The psy-disciplines have actively participated in the gendering of neoliberal subjectivity and I selectively review feminist critiques of this complicity. These critiques problematize discourses of empowerment, agency, and choice, even as they have seeped into feminist psychology itself. I then consider the theoretical resources that are available within and beyond feminist psychology to disrupt and even displace neoliberal forms of subjectivity. Building on insights from psychosocial studies, intersectional and decolonial approaches, and critical history and conjunctural thinking, I brainstorm some alternatives that feminist psychologists could offer.

Keywords: Decolonization, feminism, gender, intersectionality, neoliberalism, subjectivity.

¹ York University.

² Al tratarse de un texto autorizado por la editorial Sage para su traducción, se conservó de manera íntegra la estructura del texto y su sistema de citación. No se realizaron otras modificaciones ajenas a la traducción.



Este es un artículo publicado en acceso abierto (Open Access), bajo licencia de Creative Commons Attribution, que permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, sin restricciones, siempre que el trabajo original sea correctamente citado.

Durante la última década o más, numerosas académicas feministas han argumentado que las mujeres, especialmente las jóvenes, han sido construidas como sujetos neoliberales ideales (Budgeon, 2011; Gill, 2007b, 2008; Koffman & Gill, 2013; Rich, 2005; Ringrose, 2007; Scharff, 2016). La académica de estudios culturales y mediáticos Christina Scharff, por ejemplo, ha escrito recientemente que “los medios de comunicación públicos y los discursos políticos han posicionado a las mujeres jóvenes como sujetos de capacidad que pueden llevar vidas responsabilizadas y autogestionadas a través de la autoaplicación y autotransformación” (2016, p. 271). Ya sea como objetivos de la política de desarrollo global, como consumidoras entusiastas de productos de estilo de vida y superación personal, o como emprendedoras ambiciosas a las que se exhorta a “ir hacia adelante” para lograr el éxito corporativo, las mujeres jóvenes aparecen omnipresentemente como el grupo demográfico clave que puede simultáneamente lograr la transformación personal e impulsar la economía global en el “nuevo orden mundial” neoliberal impulsado por el mercado (Giroux & Giroux, 2006).

Como han señalado Koffman y Gill (2013), “en particular las chicas de clase media se presentan a menudo como los sujetos ideales del neoliberalismo: trabajadoras y emprendedoras, autoras de sus propias ‘biografías de elección’ ” (p. 87). Y Budgeon (2011) ha afirmado que “los tropos neoliberales de libertad y elección se asocian cada vez más con la categoría ‘mujer joven’ ” (p. 284). De hecho, como ha demostrado exhaustivamente la socióloga y teórica crítica de los medios de comunicación Rosalind Gill (2003, 2007a, 2007b, 2008), en ningún lugar se pueden visualizar más estos tropos neoliberales de “libertad y elección” que en la publicidad que celebra ostensiblemente la “feminidad poderosa” y la agencia sexual de las mujeres. En esos anuncios, los mensajes visuales y textuales -pensemos, por ejemplo, en una mujer joven, atractiva, normalmente blanca, que se reclina provocativamente en un conjunto de lencería de encaje con la leyenda “¿quién dijo que no se puede obtener placer de algo suave?” (según Gill, 2007a, p. 91)- sugieren que a las mujeres les gusta ser sexys para sí mismas, sin verse limitadas por el imperativo

cultural (anticuado) de complacer a los demás. Aunque puedan elegir formas tradicionales de feminidad heteronormativa para expresar su agencia sexual, es una elección enteramente suya. Cualquier placer masculino heterosexual derivado de su autocosificación es pura coincidencia (lo importante, por supuesto, es vender ropa interior).

Inspirándose en enfoques foucaultianos que extienden el neoliberalismo más allá de un conjunto de principios de libre mercado a una dinámica que crea y moldea nuevas formas de subjetividad, estas académicas han demostrado ampliamente cómo las mujeres jóvenes en una era “postfeminista” y neoliberal están posicionadas para ser consumidoras, autoayudantes, devotas de los cambios de imagen y agentes empoderadas por excelencia (véase Baker, 2008, 2010; Gill, 2008; McRobbie, 2004; Rich, 2005; Walkerdine, 2003). En estos trabajos, se muestran las alianzas y colusiones entre el “postfeminismo” y el neoliberalismo como fundamentales en la construcción de las mujeres jóvenes como sujetos neoliberales ideales. El postfeminismo ha sido definido de diversas maneras. En general, las postfeministas afirman que se ha alcanzado la igualdad de género, que el feminismo de segunda ola -o al menos algunos de sus aspectos- ya no es necesario, y que las mujeres son libres (y, de hecho, tienen la responsabilidad) de llevar vidas autónomas, agenciadas, y de ejercer una libertad de elección sin restricciones en los ámbitos de su cuerpo, su sexualidad y -especialmente- como consumidoras (para un análisis más profundo del postfeminismo, véase Genz & Brabon, 2009).

Gill (2007b) va más allá en la definición de lo que ella denomina “sensibilidad postfeminista”, centrándose específicamente en cómo se expresa esta sensibilidad a través de la cultura mediática. La sensibilidad postfeminista se define por una serie de criterios (muchos de los cuales comparten una relación evidente con la subjetividad neoliberal en general). Entre estos se incluyen:

La noción de que la feminidad es una propiedad corporal; el paso de la objetivación a la subjetivación; el énfasis en la autovigilancia, el control y la disciplina; un enfoque en el individualismo, la elección y el empoderamiento; el predominio de un paradigma de cambio de imagen; un resurgimiento de ideas sobre la diferencia sexual natural; una marcada sexualización de la cultura; y un énfasis en el consumismo y la mercantilización de la diferencia. (p. 149)

Así, la sensibilidad postfeminista reifica la feminidad (aspiracional) en el cuerpo de un sujeto femenino, dirige a las mujeres como consumidoras, refuerza la necesidad de una intensa autogestión y valoriza la libre elección (véase también Gill, 2003; Gill & Scharff, 2011; Meenagh, 2017). Como ha destacado Gill (2008),

En mucha mayor medida que a los hombres, a las mujeres se les exige que trabajen y transformen el yo, que regulen cada aspecto de su conducta y que presenten todas sus acciones como libremente elegidas. ¿No será que el neoliberalismo siempre está ya marcado por el género, y que las mujeres se construyen como sus sujetos ideales? (p. 443)¹

En la crítica de Gill, se señala que las mujeres, en particular las mujeres blancas de clase media-alta, están en una posición única para emprender el “trabajo sobre el yo” que requiere un régimen neoliberal². Este “trabajo sobre el yo” se apoya no sólo en conceptos psicologizados como el “empoderamiento”, sino también en una extensa red de prácticas que van desde programas de cambio de imagen hasta las dietas, la psicoterapia, la cirugía estética, los psicofármacos y los sexofármacos³, y la autoayuda (Becker, 2005; Ehrenreich & English, 1979; Gillespie, 1996; Harjunen, 2016; Illouz, 2008; McGee, 2005; Rimke, 2000). Las disciplinas psicológicas son cómplices de muchas de estas prácticas y, por lo tanto, son copartícipes de proyectos ambiciosos y continuos de autotransformación de género, incluso proporcionando intervenciones cuando las transformaciones no cumplen sus promesas. Como ha señalado Walkerdine (2003), “la psicología tiene un papel central a la hora de proporcionar tanto los

discursos a través de los cuales se entiende el yo psicologizado como los discursos y prácticas clínicas que recomponen a ese sujeto tras el inevitable fracaso” (p. 241).

Si tomamos en serio las observaciones de estas académicas -que el sujeto neoliberal ideal es cada vez más femenino y feminizado, y añadimos a su análisis que las disciplinas psicológicas están fuertemente implicadas en su construcción y mantenimiento-, entonces es imperativo que las psicólogas feministas críticas expongan cómo y dónde se produce esta generización, a quién beneficia, a quién perjudica, a quién borra y con qué efectos. Este importante trabajo de crítica tiene una historia sostenida en la psicología feminista, y a veces ha llevado a las académicas feministas críticas a cuestionar la posibilidad misma de comprometerse -como psicólogas- con el tipo de cambio social y político que exigen sus compromisos como feministas (véase Kahn & Yoder, 1989; Marecek, 1995; Wilkinson, 1991). Sin embargo, en la medida en que la psicología está situada “en el vientre de la bestia neoliberal”, por así decirlo, las psicólogas feministas críticas ocupan una posición única desde la que exponer y desafiar las colusiones entre la psicología, la sensibilidad postfeminista y la subjetividad neoliberal.⁴ Por otra parte, además de criticar la psicología, también debemos evitar la invasión de las sensibilidades neoliberales y postfeministas en la propia psicología feminista.⁵

En este artículo, hago una revisión selectiva de la crítica feminista a la generización de la subjetividad neoliberal y, a continuación, me pregunto qué papel puede desempeñar -y desempeña- la psicología feminista en contrarrestar y desestabilizar esta agenda, más allá de proporcionar una crítica (valiosa). Como señaló Kenneth Gergen hace 40 años, la teoría generativa no sólo desafía y desestabiliza los supuestos rectores y reconsidera lo que “se da por sentado”, sino que también “proporciona nuevas alternativas para la acción social” (1978, p. 1346). Y, como subrayó el teórico cultural Stuart Hall, “el propósito de teorizar no es mejorar la reputación intelectual o académica, sino permitirnos captar, comprender y explicar... el mundo histórico y sus procesos; y, de este modo, informar

nuestra práctica para que podamos transformarla” (1988, p. 36). Por lo tanto, al emplear conscientemente la frase “de la crítica a la disrupción”, intento, al menos aspiracionalmente, exponer y cuestionar supuestos asumidos (una función importante de la crítica) y proporcionar algunas alternativas y líneas de acción que puedan ayudar a romper o cambiar el status quo (involucrarse en la disrupción).⁶

Con estos objetivos en mente, surgen algunas cuestiones adicionales al considerar el papel de la psicología feminista en la crítica y la disrupción del neoliberalismo: ¿Qué puede generar el aparato teórico de la psicología feminista dadas las limitaciones de su posicionamiento disciplinar dentro de la psicología, una disciplina caracterizada por un individualismo implacable (Becker & Marecek, 2008; Cabanas, 2018; Spence, 1985), y una disciplina que ha sido (en gran medida) histórica e ideológicamente -si no también práctica y materialmente- cómplice del auge del neoliberalismo (véase Sugarman, 2015; Winston, 2018)? Además, ¿qué puede ofrecer la psicología feminista dada su deuda histórica con una forma de feminismo liberal que, en gran medida, se ha basado en los mismos discursos de elección y empoderamiento de los que ahora se nutre el neoliberalismo de forma tan problemática?⁷ Dadas estas limitaciones, ¿qué alternativas puede ofrecer la psicología feminista para teorizar formas de subjetividad que no refuercen y perpetúen el individualismo emprendedor,⁸ y cómo puede generar un interés renovado en la acción social y política colectiva, y un compromiso con ella?

Lo que sostengo en este artículo es que, de hecho, existen muchas corrientes teóricas y análisis conceptuales actualmente desplegadas en la psicología feminista (aunque en sus márgenes) y complementarias a ella que pueden -quizá más intencionadamente- unirse a esta causa. Destaco una selección idiosincrásica de ellas, pero advierto que la naturaleza expansiva del neoliberalismo y la poderosa complicidad entre el neoliberalismo y la psicología significa que incluso estas alternativas son vulnerables a la asimilación en el imaginario neoliberal.

Empiezo revisando las críticas feministas al empoderamiento, que ha surgido como un eje

conceptual y discursivo clave del neoliberalismo y el postfeminismo, y que también se ha convertido en algo distintivamente sexista. A través de campañas de marketing y estrategias de desarrollo global diseñadas para inspirar y aprovechar el “poder de las niñas”, el empoderamiento ha adquirido un papel central en la reformulación del poder de las niñas en términos de su valor de mercado. Luego, paso a críticas estrechamente relacionadas con los discursos de la agencia y la elección, discursos que han sido y son fundamentales tanto para el feminismo liberal como para el postfeminismo, y que se han intensificado para las niñas y las mujeres bajo el neoliberalismo (Braun, 2009; Gill, 2007b). Destaco cómo el énfasis histórico del feminismo liberal en el “derecho a elegir” de las mujeres (especialmente en el ámbito de la política reproductiva) ha sido transformado y absorbido en un feminismo neoliberal y mercantilista que se aprovecha de su potencial de lucro. A continuación, voy más allá de la crítica para esbozar una serie de enfoques y herramientas teóricas existentes que pueden ayudar a ampliar y renovar “las posibilidades radicales de las psicologías feministas bajo las condiciones contemporáneas” (Liebert, Leve, & Hui, 2011, p. 703). Concluyo reconociendo brevemente los desafíos de poner en escena tal esfuerzo desde dentro de la academia históricamente colonialista y cada vez más neoliberal y hago un llamamiento a un nuevo compromiso con la pedagogía crítica como estrategia de resistencia y renovación.

SENTIRSE EMPODERADA AL SERVICIO DEL NEOLIBERALISMO

El empoderamiento es un objetivo central de la subjetividad neoliberal (de género). Las personas que se sienten empoderadas tienen la creencia de que pueden controlar las circunstancias de sus vidas, trabajarán duro para superar la adversidad y aceptarán la responsabilidad personal si no pueden convertirse en sujetos neoliberales generativos, productivos, bien adaptados y emprendedores (véase Baker, 2010). Un aspecto importante para el análisis feminista es que el empoderamiento también se adopta dentro de

una sensibilidad postfeminista (como se ha descrito anteriormente).

Según la estudiosa de los medios de comunicación Angela McRobbie, la sensibilidad postfeminista y el postfeminismo en general no son tanto una reacción contra el feminismo de segunda ola sino más bien una forma de “feminismo reinventado” (McRobbie, 2004, p. 262). En el “postfeminismo como feminismo reinventado” se da una curiosa coexistencia del feminismo liberal más antiguo, refundido como una forma de sentido común, con un repudio simultáneo de este feminismo liberal como anticuado e incluso aborrecible. En psicología, el “doble enredo” del postfeminismo con el feminismo, como lo denomina McRobbie, se ha plasmado en la literatura sobre el fenómeno “No soy feminista, pero...”, en el que las mujeres jóvenes se distancian de lo que perciben como una política feminista anticuada que no recoge su experiencia, mientras al mismo tiempo reconocen que apoyan (junto con el sentido común) la igualdad entre hombres y mujeres, lo cual es fácil de hacer cuando se cree que tal igualdad ya se ha logrado (véase Williams & Wittig, 1997; Zucker, 2004).

Para un análisis feminista, el empoderamiento es fundamental tanto para la subjetividad neoliberal como para la sensibilidad postfeminista, y, en la década de 1990, este concepto ya había adquirido un género: el empoderamiento era femenino y, más concretamente, se refería al *poder* de las chicas (Gonick, 2006). Aunque fue catalizado por la abiertamente política banda punk de chicas Bikini Kill, cuya cantante inició el movimiento “riot grrrl”, el “poder femenino” fue rápidamente adoptado por los medios de comunicación populares y transformado en una versión mucho menos amenazadora y más fácil de comercializar. A principios de la década de 1990, la popularísima banda británica de las Spice Girls empezó a popularizar (y comercializar) la frase “Girl Power” (poder femenino)⁹. “Girl Power” se refería a la reivindicación de la feminidad y la sexualidad manifiesta como medio para expresar independencia, individualidad y confianza. Al aumentar su popularidad en la década de 1990, Girl Power se convirtió en una eficaz “estrategia de marketing que utilizaba la retórica del empoderamiento para vender productos” (Siegel, 2007, p. 146). Y lo que es más importante, se presentó

como una postura a favor de las chicas que las hacía sentir bien, que no amenazaba el status quo y que hacía hincapié en el individualismo y la responsabilidad personal por sobre la acción colectiva.

Más o menos al mismo tiempo que el Girl Power ganaba adeptos en la cultura, Stephanie Riger, una psicóloga comunitaria feminista, hizo una crítica temprana del empoderamiento, a saber, cómo este concepto se había psicologizado e individualizado (Riger, 1993). Señaló que el invocar el “empoderamiento” era un recurso útil para ocultar las realidades materiales y estructurales que limitan la capacidad de las personas para controlar las circunstancias de sus vidas. Argumentó que la investigación psicológica participaba en esta ocusión y la reforzaba al no medir si las personas están realmente empoderadas (si pueden acceder a los recursos estructurales, sociales y materiales que necesitan para cambiar sus vidas), sino enfocarse en medir si las personas se sienten empoderadas. De este modo, el empoderamiento se había convertido en un sentimiento psicologizado. Así, los debates sobre el significado del sentir, ser o actuar de forma empoderada siguen preocupando a las psicólogas feministas.

Sentirse empoderada y estar empoderada son, por supuesto, cosas muy diferentes, y la mayor parte de la investigación psicológica que promociona los beneficios del empoderamiento se basa en el sentimiento individualizado y psicologizado (véase también Gavey, 2012). Como dijo Riger, “si el enfoque de la investigación no es el poder real, sino la sensación de empoderamiento, entonces lo político se convierte en algo personal e, irónicamente, se puede apoyar el status quo” (1993, p. 281). Más de 10 años después, Dana Becker llamó la atención sobre cómo la psicología, e incluso la psicología feminista eran cómplices del proceso de psicologización del empoderamiento. En su libro de 2005, *The Myth of Empowerment: Women and the Therapeutic Culture in America* (El mito del empoderamiento: las mujeres y la cultura terapéutica en América), esbozó la transformación de la noción de poder y empoderamiento en la terapia feminista, que pasó del poder como acceso a los recursos materiales al empoderamiento como cualidad interna del individuo. En la terapia feminista, el empoderamiento

se reformula como acceso a recursos psicológicos: “El empoderamiento se utiliza para inducir en las mujeres la sensación de poder, competencia, autoestima y libertad para tomar decisiones en la vida en ausencia de cualquier cambio estructural significativo en las condiciones sociales” (Becker, 2005, p. 158; para un ejemplo de investigación psicológica feminista en que la atención se centra en el sentimiento de empoderamiento, véase R. Peterson, Grippo, & Tantleff-Dunn, 2008; para un debate de definiciones sobre el empoderamiento en el contexto de la sexualidad de las adolescentes, véase Z. Peterson, 2010).

En su lúcido análisis, con perspectiva de género, del empoderamiento, Riger también argumentó que el modelo de persona que subyace a las nociones psicológicas de empoderamiento es un modelo que, irónicamente, se ha asociado históricamente con la masculinidad y valora la autonomía, el dominio y el control -el poder sobre, en lugar del poder con- definido este último como el poder ejercido a través de la relación y la comunidad. Cuidadosa de no esencializar la autonomía como masculina y la relación como femenina, Riger señaló que la autonomía y la relación son una función, no necesariamente del género de uno, sino de la posición en una jerarquía social. Sólo quienes ocupan una posición más alta en la jerarquía social tienen acceso a la expresión de la autonomía, la independencia, la agencia y la capacidad de elección porque ya se benefician de importantes apoyos estructurales (aunque invisibilizados).

Como ejemplo, contrapuso a la superviviente de una violación, blanca, acomodada y con un alto nivel educativo, que decide enjuiciar a su violador con el pleno apoyo de la policía, los trabajadores de los servicios sociales, el sistema judicial, su familia, sus amigos, etc., con la madre soltera, negra y pobre que decide no enjuiciar a su violador porque es poco probable que la policía la tome en serio, es probable que abuse de ella, es poco probable que obtenga la protección y el apoyo jurídicos adecuados, y sin ellos se estaría poniendo a sí misma y a su familia en un riesgo considerable. ¿A quién podríamos calificar de empoderado? ¿Quién tiene realmente “opciones” viables en estas situaciones?

Así, aunque el dominio y el control son fundamentales para el concepto de empoderamiento, el dominio y el control son mucho más accesibles para quienes están más arriba en la jerarquía social. Históricamente, por supuesto, éstos han sido los hombres blancos, y ahora las mujeres blancas. Sin embargo, esta crítica se ha complicado en las dos últimas décadas. El discurso del empoderamiento ha desarrollado un largo alcance en el ámbito de las políticas, prácticas e intervenciones de desarrollo global.¹⁰ En esta forma de “discurso de desarrollo del empoderamiento”, la niña racializada del “tercer mundo” -a menudo retratada como sudasiática o africana- se construye simultánea y paradójicamente como la “otra” abyecta e indefensa que necesita ser salvada por los filántropos blancos, y como motor potencial de un cambio social y económico masivo. La clave de esto último es, por supuesto, el empoderamiento. Si la niña del “Tercer Mundo”, al igual que sus homólogas del “Primer Mundo”, se siente impulsada por el empoderamiento, no hay nada que no pueda hacer.

Los proyectos de autotransformación basados en el género se presentan así como la clave para una transformación económica, social y política a gran escala. A las niñas, en concreto, se las presenta como las únicas capaces de sacar a sus países de la pobreza y transformar la salud y la esperanza de vida en el mundo en desarrollo. Denominado “girl effect” (en español, efecto niña) por la corporación Nike, es el proceso por el cual la inversión en la educación de las jóvenes conducirá a una serie de cambios autoimpulsados que pondrán fin al ciclo intergeneracional de pobreza que paraliza a las naciones en desarrollo (véase Murphy, 2012-2013). Educar a una niña, se nos dice, le ayudará a evitar el matrimonio y la maternidad precoz, a mejorar su propia salud y la de sus futuros hijos, y a aumentar sus ingresos. Aumentará el PIB de su país y -bajo la influencia de la globalización- creará una gran reserva de mano de obra barata para las empresas multinacionales.

Según la campaña Girl Effect, “la fuerza de cambio más poderosa del planeta es una niña”. En su artículo “La revolución la liderará una niña de 12 años: el poder de las niñas y la biopolítica global” (en inglés, The

revolution will be led by a 12-year-old girl: Girl power and global biopolitics), Ofra Koffman y Rosalind Gill (2013) sostienen que el “efecto niña” conlleva una intensificación del emprendedurismo neoliberal de tal manera que “incluso una lucha contra la pobreza extrema puede plantearse en términos de empoderamiento” (p. 90). En el mundo del “efecto niña”, las dimensiones estructurales de la pobreza siguen sin ser reconocidas. Se ignoran los legados del colonialismo y la explotación, el papel actual del mundo “desarrollado” y sus instituciones en la creación y el mantenimiento de la pobreza y la dependencia, la inestabilidad política y la violencia actuales, y los efectos de los desastres naturales recurrentes. Educar a una niña en estas condiciones, como era de esperar, no resulta tan sencillo como parece. Como señala la historiadora feminista Michelle Murphy (2017),

Llegar a la escuela puede ser difícil: hay trabajo que hacer, restricciones en la movilidad o incluso problemas mayores, como conflictos violentos o secuelas de catástrofes. Las infraestructuras educativas también pueden ser un problema... Los “Girl Projects” (en español, proyectos enfocados en las niñas) están interesados en invertir en las niñas como individuos, no en construir sistemas escolares públicos. (p. 124)

Es importante destacar que el empoderamiento de las niñas en las políticas de desarrollo se presenta como un proyecto claramente feminista, a pesar de su evidente agenda neoimperial y colonialista. Inspirar un feminismo que haga sentirse bien es un aspecto central del atractivo afectivo de “la niña”. Aprovechar el efecto niña, sin embargo, siempre está vinculado, en última instancia, a su valor de mercado -una práctica que Murphy ha denominado la “economización de la vida”- las “prácticas que gobiernan y valoran diferencialmente la vida en términos de su capacidad para fomentar la macroeconomía del estado-nación, como la capacidad de la vida para contribuir al producto interno bruto (PIB) de la nación” (Murphy, 2017, p. 6). El “efecto niña” fusiona el empoderamiento de género con las fuerzas del mercado en un ensamblaje singularmente y

escalofriantemente- neoliberal, colonial, racializado e incluso “feminista”. Dada la participación (o al menos la implicación) tanto del feminismo como de la psicología en este proyecto, las psicólogas feministas críticas deberían seguir observando con gran escepticismo el apalancamiento discursivo del empoderamiento.

COMPLICANDO LA AGENCIA Y LA ELECCIÓN: DILEMAS FEMINISTAS

El énfasis neoliberal y postfeminista en la agencia y la elección está estrechamente relacionado con la problemática de género y racial del empoderamiento. De hecho, este énfasis también ha sido una característica constante del feminismo liberal desde sus inicios como movimiento político. Como ha señalado la psicóloga feminista Virginia Braun, “Las ideas de autonomía y agencia, y junto a ellas, la elección, han estado en el corazón del feminismo desde los primeros esfuerzos hacia la emancipación de las mujeres, y han seguido siendo un principio importante del discurso feminista desde entonces” (Braun, 2009, p. 235). En el postfeminismo, la adhesión estricta a las creencias en la agencia de la mujer y la elección sin restricciones se consideran esenciales para evitar el temido discurso del victimismo femenino que las feministas han trabajado tan duro para superar. En el postfeminismo, ser considerada indefensa o víctima es vergonzoso.¹¹

Como ha demostrado Joanne Baker en su estudio de las estrategias psicológicas utilizadas por las mujeres jóvenes para estar a la altura de estas restricciones neoliberales y postfeministas, incluso las participantes más desfavorecidas estructuralmente se involucraron en lo que ella denomina un “imperativo volitivo”. Es decir, cómo ellas se presentaban como un sujeto intencional, activo y de libre elección, en lugar de mostrarse o reconocerse como un sujeto sobre el cuál se actúa o que es, de alguna manera, desafortunado. Además de esta estrategia de autopresentación, sus participantes también utilizaron el discurso volitivo para restar importancia o incluso ignorar la posibilidad de que las dificultades de otras personas o grupos pudieran deberse a desventajas estructurales, mostrando así una

preocupante falta de compasión tanto hacia sí mismos como hacia los demás (Baker, 2008, 2010).

En ninguna parte las psicólogas feministas han explorado la complejidad de la agencia y la elección más a fondo que en las investigaciones sobre la sexualidad de las adolescentes (véase, por ejemplo, Bay-Cheng, 2015; Fahs & McClelland, 2016; Lamb, 2010; Lerum & Dworkin, 2015; Z. Peterson, 2010). En su trabajo sobre la “línea de agencia”, Bay-Cheng (2015) argumenta que el neoliberalismo ha complicado el “continuo moralista de género” (p. 279) anclado en un extremo por la virgen y en el otro por la puta al introducir el guión de la agencia sexual. Es decir, a la hora de evaluar la conducta sexual de las jóvenes, ya no basta con considerar sólo el comportamiento sexual real. Tan importante como el comportamiento real es si dicho comportamiento fue elegido libremente o no. Como sostiene Bay-Cheng (2015),

Ya no se las divide simplemente entre vírgenes y putas, ni se las marca a lo largo de un único continuo basado en su supuesto comportamiento sexual; ahora también se evalúa a las chicas según el grado de control que proclaman, o que perciben que ejercen, sobre su comportamiento sexual. (p. 282)

En esta nueva matriz de subjetividad sexual neoliberal, el ejercicio de la elección divide a las jóvenes que se sitúan por encima o por debajo de la línea de agencia. Las que se sitúan por debajo, ya sea porque no quieren mantener relaciones sexuales o porque practican una actividad sexual “fuera de control”, son objeto de desdén. Al igual que en el “imperativo volitivo” de Baker, Bay-Cheng propone que las sexualidades de las mujeres jóvenes bajo el neoliberalismo no se caracterizan por una agencia sin restricciones, sino que se vigilan de acuerdo con el requisito de que todos sus comportamientos se perciban como libremente elegidos.

Otras psicólogas feministas consideran diferentes funciones de la agencia y la elección sexual, incluyendo cómo las mujeres jóvenes (y los hombres) ejercen la agencia para prevenir el sexo no deseado o inseguro, y cómo la agencia sexual puede conducir a una

mayor satisfacción y placer sexual. Sobra decir que las psicólogas feministas están (productivamente) divididos en cuanto a cómo definen agencia, y dónde la posicionan en términos de su valencia política. Como escriben Fahs y McClelland (2016): “Las académicas feministas han retomado y definido este término de diversas maneras, discrepando sobre el papel de sentir la agencia, ser agéntica y que se espere que sea agéntica (p. 396).

En el contexto neoliberal y postfeminista, las retóricas hermanadas de la agencia y la elección no sólo se han posicionado como centrales para las mujeres jóvenes a la hora de construir sus identidades sexuales y navegar por un vasto mercado de técnicas de “superación personal”, sino que también han avanzado para afectar los discursos sobre la sexualidad y la vida sexual de las mujeres mayores. En un ejemplo reciente, la aprobación por parte de la Administración de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos (FDA) de la flibanserina, o “Viagra femenina”, no fue impulsada por pruebas de su eficacia y seguridad, sino por la demanda de más opciones para las mujeres en el mercado sexofarmacéutico (véase Segal, 2018). En los debates sobre la Viagra femenina, vemos, de manera clara, una inquietante cooptación de la “retórica de la elección” del feminismo por parte de una corporación para apuntalar su potencial lucrativo. Esta retórica fue utilizada por el fabricante farmacéutico Sprout para presentar la negativa de la FDA a aprobar el medicamento psicotrópico como una postura antifeminista y antimujer, citando el hecho de que los hombres tienen más opciones y más acceso a los medicamentos para la salud sexual que las mujeres, y que era hora de “igualar el marcador” (como llamaron a su campaña de lobby). Y ello a pesar de que la flibanserina ya se había presentado a la FDA en dos ocasiones anteriores como tratamiento del trastorno del deseo sexual hipoactivo en mujeres, no había obtenido la aprobación y no existían nuevas pruebas de su eficacia o seguridad. No obstante, Sprout consiguió atraer a varias organizaciones de salud femenina de renombre para que firmaran su campaña Even the Score (Belluz, 2015).

Esto, por supuesto, desvió la atención del hecho de que tener una “elección” entre muchos medicamentos malos no es necesariamente una verdadera elección; la flibanserina había demostrado repetidamente ser un medicamento ineficaz con un peligroso perfil de efectos secundarios. Sin embargo, bajo la influencia de Sprout, de su campaña Even the Score y de los testimonios de pacientes que organizaron y pagaron, la flibanserina fue aprobada en agosto de 2015, probablemente un triunfo de la elección y, según Sprout, incluso un triunfo del feminismo (véase Fausto-Sterling, 2015).

Como vemos, la “retórica de elección” es complicada para las feministas. Aunque puede ser fácilmente cooptada al servicio de proyectos antifeministas, las feministas han intentado elaborar y problematizar la “elección” sin abandonar o negar su utilidad conceptual, material y política. Después de todo, el “derecho a elegir” de una mujer constituye la base de la política progresista y de los marcos legales en muchas democracias liberales occidentales, y ha sido un principio central del feminismo desde sus comienzos en “Occidente”. En concreto, ha ejercido una importante fuerza argumentativa en la lucha por los derechos reproductivos, como el acceso a abortos legales y seguros (véase Solinger, 2001). ¿Cuándo pasa el “derecho a elegir” de ser una salvaguarda legal a una herramienta del neoliberalismo? ¿Cuáles y de quiénes son las elecciones “correctas” desde una perspectiva feminista?

Estas cuestiones han dividido a las feministas. Las feministas anticoloniales y poscoloniales ponen de relieve la imposición de valores del Norte Global a los juicios sobre las “elecciones” de las mujeres del Sur Global. Por ejemplo, las feministas liberales blancas del Norte Global han impuesto a menudo sus propios valores de forma irreflexiva sobre los derechos reproductivos y las agendas de salud de las mujeres de sus homólogas del Sur Global. Incluso dentro del Norte Global, algunas feministas han tardado en reconocer que la “elección” reproductiva, por ejemplo, tiene un aspecto muy diferente según la posición social de cada uno. Desde el punto de vista de una mujer heterosexual y cisgénero de clase alta, el acceso a abortos seguros y legales puede ser la “elección” que importa. Para

una mujer perteneciente a una minoría sexual o de género de un nivel socioeconómico bajo, el acceso a la atención sanitaria reproductiva y el apoyo a un embarazo deseado deben estar presentes para que la “elección” tenga algo más que un significado simbólico (véase Nelson, 2003; Silliman, Fried, Ross & Gutiérrez, 2004). En los ámbitos de la sexualidad, la cirugía estética y la moda, la autosexualización y la adhesión a normas de belleza idealizadas se defienden ahora como el ejercicio de la elección y la agencia. Como ha escrito Gill (2008), “puede que ahora tengamos que añadir la agencia (sexual) obligatoria como una característica necesaria de la subjetividad posfeminista y neoliberal contemporánea” (p. 40).

En respuesta a algunos de estos dilemas, las psicólogas feministas críticas han demostrado una y otra vez que las elecciones siempre se hacen en contexto, y que la propia elección sólo tiene sentido cuando se tiene en cuenta el contexto. Este contexto incluye las posiciones de los sujetos que “eligen” y los sistemas más amplios en los que están insertos. Las psicólogas feministas han destacado que, a menudo, el resultado de las elecciones “libres” -como las realizadas en los ámbitos de la expresión sexual, la cirugía estética o la moda- acaban reproduciendo normas estandarizadas de feminidad en lugar de generar una mayor diversidad (Braun, 2009). En el caso de la cirugía estética genital femenina, o de las vaginas de diseño, por ejemplo, el resultado final de que las mujeres tengan la “elección” de modificar su apariencia es que todas las vaginas acaban siendo bastante similares. O, como dice Gill (2008): “¿Por qué insistir en que las jóvenes se complazcan a sí mismas cuando el aspecto que consiguen -o intentan conseguir- es tan similar?” (p. 435). En consecuencia, las académicas feministas críticas se preguntan: ¿Qué significados adquieren la elección y la agencia en determinados contextos? ¿Quién puede elegir? ¿Quién no? ¿Por qué? ¿Qué elecciones? ¿En qué condiciones? ¿En beneficio de quién? ¿Con qué fines?

Generar y abordar estas preguntas críticas es imperativo para combatir los discursos descontextualizados de empoderamiento, elección, autonomía y agencia que se han colado en la propia psicología feminista (véase también Bay-Cheng, 2012).

¿Qué otras herramientas podrían adoptar las psicólogas feministas para resistir estas invasiones y desarrollar las posibilidades radicales de la psicología feminista?

MÁS ALLÁ DE LA CRÍTICA

Repensar la subjetividad

Para ayudar a combatir la asimilación irreflexiva del empoderamiento, la elección y la agencia tal y como se invocan en la sensibilidad postfeminista, la subjetividad neoliberal e incluso la psicología feminista, Rosalind Gill y otras investigadoras psicosociales han sugerido que renovemos la investigación empírica sobre los procesos a través de los cuales la cultura se relaciona con la subjetividad, es decir, cómo las normas culturales se instancian en nuestras propias subjetividades. ¿Cómo es que los ideales y las normas culturales (por ejemplo, en torno a la apariencia física, la sensualidad, la feminidad, etc.) se interiorizan y se apropian de tal manera que se sienten como auténticos, reales y autogenerados en lugar de como impuestos culturalmente? ¿Cómo se desarrolla realmente el “imperativo volitivo” de Baker (2010)?

Comprender mejor cómo se produce esta internalización puede conducir a una mayor reflexividad en torno a la relación entre cultura y subjetividad, que es el foco central de los estudios psicosociales (por ejemplo, Hollway & Jefferson, 2012). Como escribe Gill (2008),

No sabemos casi nada de cómo lo social o lo cultural “se mete dentro” y transforma y reconfigura nuestras relaciones con nosotros mismos y los demás. De hecho, incluso el lenguaje parece torpe y empobrecido: ¿necesitamos siquiera una noción de “interioridad”? ¿Es lo mismo subjetividad que interioridad? ¿Cómo podemos pensar la subjetividad de un modo que no sea simplemente intrapsíquico, que no abandone lo social, lo político, lo cultural? (p. 433)¹²

Ella señala que la reflexión sobre esta relación fue en su día el núcleo del academicismo crítico de

inspiración marxista, pero percibe un retroceso de esta agenda entre estos mismos académicos. En parte, esto se debe a la dificultad de identificar y elaborar los microprocesos que realmente relacionan y fusionan la cultura con la subjetividad. Sostiene, por ejemplo, que aunque es evidente que no existe una relación simple y unívoca entre el hecho de ver imágenes corporales femeninas idealizadas en los medios de comunicación y el desarrollo de un trastorno psicológico como la bulimia o la anorexia, esto no significa que deba abandonarse el análisis cultural de la “subjetividad del trastorno alimentario”. De hecho, los estudiosos feministas de los medios de comunicación y las psicólogas feministas destacan por su compromiso con este tipo de análisis (véase, por ejemplo, la gran cantidad de investigaciones en psicología feminista sobre la teoría de la autoobjetivación; Frederickson & Roberts, 1997; Moradi & Huang, 2008).

Pero, ¿cuáles son exactamente los procesos a través de los cuales la cultura se instancia en la subjetividad individual? Curiosamente, la creciente influencia de la neurociencia social -con su énfasis en localizar el impacto de “lo social” en los procesos cerebrales individuales- comparte la promesa de este tipo de análisis, pero también demuestra rápidamente los límites de este enfoque. En la carrera por localizar todo -desde la pobreza hasta el racismo- en el cerebro, también podemos acabar prescribiendo intervenciones individuales basadas en el cerebro que sirvan para apuntalar el imperativo neoliberal de gestionar no solo a uno mismo, sino también al propio cerebro (Martin, 2010; Rose & Abi-Rached, 2013). Es decir, aunque sepamos más sobre cómo la cultura “se mete dentro”, eso no conduce necesariamente a cambiar “el exterior”, ya que sigue siendo tarea de los sujetos neoliberales trabajar y transformarse a sí mismos para tener el máximo éxito y productividad.

Me gustaría retomar el desafío de Gill de “pensar la subjetividad” como algo distinto de lo que está “dentro”. De hecho, sugeriría que explorar la constitución cultural de dicha subjetividad interiorizada no será suficiente si nuestro objetivo es desarticular la psicología feminista del régimen neoliberal en el que opera actualmente. En esta formulación, el supuesto de que existen procesos

por los que la cultura se introduce en la subjetividad (bajo la piel, en el cerebro, por así decirlo) permanece intacto. Podría decirse que esto no altera el estatus ontológico primario de la propia subjetividad. Se mantiene la confianza postfeminista y neoliberal en la existencia a priori de una subjetividad limitada, individual, intrapsíquica e interiorizada que exhibe autodominio y es responsable de una superación continua, aunque ahora inscrita culturalmente. Quizás sea esta versión de la subjetividad en sí misma la que necesite ser reformulada y repensada.

Para “pensar la subjetividad” de otra manera, tomo como ejemplo el trabajo de la especialista en estudios de ciencia y tecnología H  l  ne Mialet, que ha recurrido a la teoría del actor-red para proponer una versión de la subjetividad que denomina “sujeto-distribuido-centrado” o “subjetividad distribuida”. En su análisis etnográfico en profundidad del célebre físico teórico Stephen Hawking, Mialet ha puesto al descubierto la compleja red distribuida -los cuerpos extendidos- que fueron necesarios para que Stephen Hawking pusiera en práctica su subjetividad; su propio pensamiento y ser (Mialet, 2012). Al hacerlo, no propone que la subjetividad singular de Hawking pueda diseccionarse, dividirse y analizarse en función de los múltiples asistentes humanos y mecánicos necesarios para apoyarla y representarla, sino que, gracias a todos estos cuerpos extendidos, la subjetividad de Hawking pudo surgir (y surgió). Al desentra  nar y reensamblar la subjetividad de Hawking (que se exhibía de forma única debido a su discapacidad física), defiende una nueva definición de la propia subjetividad: “La subjetividad surge de un colectivo heterogéneo y se arraiga a sí misma en un cuerpo situado. Esto es lo que yo llamo el “sujeto-distribuido-centrado” (Mialet, 2009, p. 63).

Mialet se centra en los colectivos distribuidos y los cuerpos extendidos que intervienen en la materialización de la subjetividad científica. Aunque propone que la subjetividad emerge de un “colectivo heterogéneo” compuesto por objetos, procesos físicos y asistentes mecánicos y humanos, insiste en la importancia del cuerpo situado del científico como el lugar a través del cual estas colectividades se reúnen y se afirman

en un proceso que denomina “singularización”. Como ella misma describe:

Al reintroducir el papel de los objetos, no-humanos, en la comprensión de la modificación de un entorno, podemos seguir el proceso de distribución y singularización de un individuo. En efecto, pensábamos que era posible, centrándonos en un individuo, reencontrar la individualidad. Pero al contrario, es dispersándonos en las cosas y en los otros como vamos a descubrir la singularidad de un individuo. (Mialet, 2009, pp. 65-66)

Mialet argumenta que uno no puede detenerse en el punto de entender al sujeto como distribuido (en cosas y otros), dado el obvio locus de la subjetividad en el cuerpo individual, sino que es en la continua dispersión del sujeto a través de objetos y otros, y su enraizamiento en un cuerpo situado, que la singularidad (no la individualidad) es continuamente alcanzada y reforzada.

¿Cómo podrían las psicólogas feministas adoptar la idea de subjetividad distribuida y aplicarla a la comprensión (y, en última instancia, a la ruptura) de la subjetividad neoliberal de género? Mialet (2009, 2012) insiste en que su análisis del complejo sistema de apoyos necesarios para la realización de la subjetividad de científicos como Hawking puede extenderse a todo el mundo: que todos dependemos de tales sistemas para ser y pensar. Ontológicamente, el “sujeto-distribuido-centrado” contrasta con el sujeto neoliberal que, por definición, es autónomo, autosuficiente, responsable y actúa libremente; sin ataduras (no conectado a la red).

Este modelo alternativo de subjetividad requiere un análisis de los colectivos distribuidos que lo mantienen y lo llevan a cabo. Por ejemplo, retomando el ejemplo antes mencionado de la “subjetividad de los trastornos alimentarios”, ésta tendría que entenderse y estudiarse a través del heterogéneo colectivo de objetos, prácticas, dispositivos y asistentes (humanos y no humanos) necesarios para apoyar esta forma de ser y de pensar, incluidos, entre otros, los medios de comunicación impresos y en línea, la moda, las píldoras

dietéticas, las industrias de la dieta, las máquinas de ejercicio, los alimentos, los calibradores, las básculas, los diagnósticos, los grupos de apoyo Pro-Ana, los profesionales de la salud mental, los entrenadores deportivos, la industria del modelaje, etc. ¿Cómo depende el sujeto con trastornos alimentarios de estos sistemas para promulgar, afirmar y reafirmar su singularidad y cómo puede afectar a este proceso la interrupción de estas redes?

En esta forma de “pensar la subjetividad” se nos exige involucrarnos en los sistemas políticos, sociales, culturales, interpersonales y, especialmente, materiales de los que todos dependemos para ser y pensar de diversas maneras. La subjetividad no es, a priori, “el interior”. La singularidad (no la interioridad ni la individualidad) se consigue mediante el proceso continuo de dispersarnos en las cosas y en los demás. Es, por definición, colectiva, interdependiente y procesual, pero se arraiga en un cuerpo situado en el tiempo y en el espacio (Mialet, 2009). Desafía las formas de subjetividad neoliberal que requieren, como dice Sugarman (2015), “la creencia de que somos seres autónomos autocontenidos, dueños de nuestras habilidades, esfuerzos, metas, elecciones y logros, y capaces de funcionar en gran medida independientemente del entorno social y cultural” (p. 113).

Aunque “repensar la subjetividad” como algo que se produce y reproduce continuamente a través de su dispersión en las cosas y en los demás puede ayudar a desestabilizar los supuestos ontológicos que sustentan las formas neoliberales de subjetividad, ¿puede atender suficientemente a las relaciones de poder que acompañan a estos procesos siempre en flujo de formación y reformación del sujeto? ¿Qué papel podría desempeñar el pensamiento interseccional, por ejemplo, si modificamos radicalmente lo que realmente entendemos por subjetividad?

Interseccionalidad: categórica, política y decolonial

La interseccionalidad ha sido aclamada como “la contribución teórica más importante que los estudios sobre la mujer, junto con otros campos relacionados, han hecho hasta ahora” (McCall, 2005, p. 1771) y como “la contribución más visible y duradera que el feminismo, y en particular el feminismo negro, ha hecho a la teoría social crítica en el último cuarto de siglo” (Cooper, 2016, p. 385). La interseccionalidad es un marco analítico para prestar atención a cómo los sistemas de poder -como el patriarcado, el clasismo, el racismo, el capacitismo, la heteronormatividad- son mutuamente constitutivos e interactivos y, por lo tanto, cualquier categoría social (género, clase social, raza, orientación sexual, identidad de género, estatus de capacidad, etc.) siempre adquiere significado a través de otras categorías contextualmente relevantes (Greenwood, 2017). Fue conceptualizada y articulada de manera más influyente por Kimberlé Crenshaw y Patricia Hill Collins a finales de los años ochenta y principios de los noventa en el contexto de la teoría crítica de la raza y la teoría feminista negra (Collins, 1990; Crenshaw, 1989, 1991). La psicología feminista, aunque algo más lenta en su adopción que otras disciplinas, en los últimos 10 años ha lidiado con lo que significa formular, diseñar, realizar, analizar e interpretar la investigación utilizando un marco interseccional (véase Bowleg, 2008; Cole, 2008, 2009; Else-Quest & Hyde, 2016; Shields, 2008).

Una de las formas en que las psicólogas feministas han abordado la interseccionalidad es gravitando hacia lo que Cole (2008) ha llamado “interseccionalidad categórica” (p. 444), el aspecto de la teorización interseccional que se centra en los efectos de la pertenencia simultánea a múltiples categorías sociales. Este enfoque ha generado valiosas investigaciones que se alejan de las conceptualizaciones unitarias de lo que significa ser mujer o persona de color, por ejemplo. Como señala Cole (2008), “La interseccionalidad categórica es de especial interés para las psicólogas porque se presta a la formulación de hipótesis a nivel individual y, a su vez, a la operacionalización de la pertenencia a

una categoría en términos de variables independientes que influyen en los resultados” (p. 444).

Aunque este avance es innegablemente importante, hay quienes sostienen que amenaza con restar agudeza analítica al análisis interseccional al desviar la atención del análisis estructural de los sistemas de poder que hacen que estas categorías sociales tengan sentido en relación con las demás, dando lugar a una versión (en cierto modo) psicologizada de la interseccionalidad que se centra en la identidad y la subjetividad.

Esta interpretación de la interseccionalidad no es exclusiva de la psicología, sino que ha afectado a los estudios feministas en general. La teórica feminista Jennifer Nash (2008) ha definido la interseccionalidad como la noción de que “la subjetividad está constituida por vectores de raza, género, clase y sexualidad que se refuerzan mutuamente” (p. 2). Se centra principalmente en la interseccionalidad como teoría compleja de la identidad y la subjetividad. Sin embargo, como sostiene Cooper (2016), el objetivo de la teorización interseccional no es llegar a comprender las subjetividades de los múltiples marginados, sino más bien remediar el problema de las opresiones entrelazadas que, para empezar, los hacen incognoscibles. En otra crítica a la interseccionalidad como teoría de la subjetividad, que retoma mi anterior preocupación por la necesidad de repensar el estatus ontológico de la subjetividad, el teórico queer Jasbir Puar (2007) ha escrito lo siguiente,

Por muy interseccionales que sean nuestros modelos de subjetividad, por muy en sintonía que estén con las políticas de localización del espacio, el lugar y la escala, estas formulaciones... pueden seguir limitándonos si presuponen la primacía y singularidad automáticas del sujeto disciplinario y su interpelación identitaria. (p. 206)

Para contrarrestar este enfoque de la interseccionalidad como teoría de la identidad, especialmente en la medida en que se ha adoptado en psicología, Cole (2008) ha llamado la atención sobre otra forma de interseccionalidad esbozada por Crenshaw (1991), a saber, la interseccionalidad política. En la interseccionalidad política, la atención

se centra en cómo las instituciones políticas, como las organizaciones, los movimientos sociales y las políticas públicas, tergiversan o ignoran las preocupaciones y los programas de las personas con múltiples identidades sociales marginadas (es decir, las hacen ilegibles). Por ejemplo, ¿cómo las políticas contra el acoso en el lugar de trabajo basadas en las experiencias de las mujeres blancas con el acoso sexual y de los hombres negros con la discriminación racial no abordan e incluso hacen ilegibles las experiencias de las mujeres negras? O, ¿cómo han oscurecido los movimientos sociales como el Movimiento por la Salud de las Mujeres las preocupaciones de las mujeres de minorías sexuales, las mujeres con bajos ingresos, etc.? El cambio de enfoque de las categorías de identidad a las organizaciones, estructuras y políticas que las hacen más o menos legibles hace que la interseccionalidad política sea un enfoque más desafiante para las psicólogas, pero, como muestra Cole, es una fuente potencialmente fructífera de ideas para comprender y generar un activismo de coalición eficaz.

A partir de entrevistas con activistas realizadas para el Proyecto Feminismos Globales con sede en la Universidad de Michigan, Cole (2008) ofrece varios ejemplos de cómo los activistas utilizaron la interseccionalidad política para identificar objetivos políticos comunes que trascendían las diferencias categóricas entre los miembros de los movimientos sociales. El resultado fue que estas diferencias pudieron respetarse y mantenerse sin que se convirtieran en divisorias (la base de la política de identidad), y el enfoque en la consecución de un objetivo político compartido pudo ser mantenido. Aunque las psicólogas se han inclinado hacia una versión de la interseccionalidad que se centra en las categorías de identidad, la interseccionalidad política hace hincapié en que estas categorías se constituyen a través de procesos y prácticas definidas por las relaciones de poder. Cuando empezamos a formular preguntas de investigación que prestan atención a la interseccionalidad política, la atención se desplaza del individuo y su identidad/subjetividad a cómo se constituye el posicionamiento social de una persona a través de estructuras sociales, políticas, institucionales y jurídicas. Cambiar las estructuras que definen la

relación de cada uno con el poder puede ayudar a unir a grupos que habitan identidades sociales diferentes pero que, no obstante, comparten estas relaciones, que están estructuralmente desfavorecidos de forma similar. Como dice Cole (2008)

Nuestra comprensión de la interseccionalidad no puede limitarse a identificar diferencias entre grupos de identidad social. También debemos aplicar la herramienta analítica de la interseccionalidad política para entender la raza y el género como procesos sociales, y para encontrar y hacer uso de las similitudes derivadas de estos procesos sociales e históricos que atraviesan los grupos de identidad. Este cambio exige que reconsideremos nuestros métodos en cada etapa del proceso de investigación. (p. 451)

En la medida en que el neoliberalismo prospera y refuerza una mentalidad de “nosotros” contra “ellos” en el contexto de una batalla de suma cero por el estatus, la representación y los derechos, aprovechar el poder de la interseccionalidad política parece clave para revigorizar el potencial de la acción colectiva sin volver a la alienante, ingenua y, en última instancia, ineficaz figura de una “hermandad global”. La interseccionalidad política también supone un desafío directo al neoliberalismo, que considera al individuo aislado y responsable como la principal unidad motriz del mercado y la sociedad civil. El reto para las psicólogas feministas es resistir la atracción hacia las categorías identitarias y prestar atención a los procesos sociales e históricos que han configurado las relaciones con el poder de diferentes maneras pero que, no obstante, constituyen la base de una causa común contra las estructuras y las políticas que amenazan el bienestar, e incluso la existencia, de muchas personas. En esta coyuntura particular del neoliberalismo, el resurgimiento de la alt-right y el antiprogresismo en general, la capacidad de identificar y actuar sobre esas causas comunes es sumamente necesaria.

Si bien la interseccionalidad es innegablemente una de las contribuciones teóricas y metodológicas más importantes que han afectado a la psicología feminista a lo largo de su corta historia, no ha escapado a las críticas

de los académicos que consideran que tiene sus propias limitaciones dado el contexto en el que se desarrolló (Grabe & Else-Quest, 2012; Kurtiş & Adams, 2017; Patil, 2013). Las feministas transnacionales destacan que la interseccionalidad se ha basado y se ha aplicado en base a las experiencias de las mujeres del Norte Global, por lo que no presta suficiente atención a las dinámicas de colonialidad y poder global, ni a las experiencias únicas de las mujeres del Mundo Mayoritario que podrían servir de base para los esfuerzos de justicia social global. Debido a su propio posicionamiento y a sus orígenes intelectuales, ha tendido a reproducir la dominación euroamericana en lugar de cuestionarla, y ha contribuido a la otredad de las mujeres de la mayoría del mundo, presentándolas como víctimas indefensas, desinformadas y pasivas de sus tradiciones culturales opresivas (Kurtiş & Adams, 2015). Por el contrario, la interseccionalidad decolonial invierte la mirada para preguntar: ¿qué pueden aprender los estudiosos occidentales de las experiencias de las mujeres de la Mayoría? ¿Cómo pueden los análisis basados en sus experiencias ayudar a revelar intersecciones de opresión que actualmente son invisibles para nosotras en Occidente y para las mujeres del mundo mayoritario, y lo que es más importante, introducir alternativas a la “ontología individualista neoliberal” que subyace tanto en la psicología como en el feminismo liberal (Kurtiş & Adams, 2017, p. 55)?

Como he esbozado anteriormente en mi breve descripción de la campaña “Girl Effect”, el “efecto niña” es posible gracias a la alterización simultánea de la niña del “tercer mundo” como alguien que necesita ser salvada (el proyecto colonial) y a la imposición de la agenda neoliberal sobre su cuerpo y su futuro, combinada con el barniz feminista del empoderamiento. El objetivo final es la reconfiguración de su subjetividad hacia fines neoliberales: ella es capital humano, una inversión, el mercado emergente, una emprendedora. Los practicantes de la interseccionalidad decolonial se resisten a este encuadre y permiten que la chica del “tercer mundo” no sólo hable por sí misma, sino que destaque ante sus homólogas del “primer mundo” las limitaciones y alternativas a sus propias formas locales de subjetividad (neoliberal). Al añadir la decolonialidad

a la teoría de la interseccionalidad, ampliamos nuestra capacidad para considerar alternativas a nuestro propio status quo e impedir la expansión global de las subjetividades neoliberales (véase Bhatia, 2017; Klein, 2017).

Pensar contra el presente: historia crítica y análisis coyuntural

Uno de los mayores retos, quizás, a la hora de “pensar un futuro” más allá del neoliberalismo es que éste opera de un modo invisible en el presente y produce sentido común. Desentrañar el “sentido común” del presente se convierte, pues, en la clave para pensar el futuro de otra manera. Los modos de pensamiento derivados de la historia crítica y el análisis coyuntural son muy adecuados para esta tarea y podrían traducirse en formas productivas para la psicología feminista.

Rose (1996b) ha diferenciado entre la historia como crítica y la historia crítica. En la historia como crítica, el objetivo es utilizar las investigaciones del pasado para deslegitimar el estatus actual de la disciplina. Según Rose, cuando es llevada a cabo por profesionales de la disciplina, la historia como crítica consiste en gran medida en resucitar los obstáculos del pasado -políticos, ideológicos, morales, metodológicos- que han impedido a la psicología desarrollar todo su potencial conceptual o moral. Cuando es llevada a cabo por historiadores externos a la disciplina, la historia como crítica tiende a presentar la psicología y el conocimiento psicológico (junto con otras ciencias) como constituidos principalmente por intereses humanos. En una forma más fuerte, estos intereses humanos se presentan como principalmente manipuladores (los psicólogos como “servidores del poder”), o la psicología se interpreta como un simple signifiante de la mentalidad imperante (individualista, narcisista, etc.).

Rose considera que la “historia como crítica” es limitada porque reduce el estatus de la psicología al de ejecutor o síntoma de las relaciones de poder existentes, en lugar de desentrañar cómo la psicología funciona para hacer posibles tales efectos de poder -cómo la psicología está (y ha estado) profundamente

implicada en la creación, el mantenimiento y el refuerzo de los mismos y es ella misma parte de estos efectos de poder. Frente a la noción de historia como crítica, Rose propone la historia crítica. La historia crítica pretende exponer las condiciones en las que se han hecho posibles las formas actuales de subjetividad y que, con el beneficio de la perspectiva y comparación temporal/geográfica, emergen como sociales, culturales y políticas más que como individuales. Se ocupa de la co-constitución de lo psicológico, lo social y lo subjetivo. Uno de sus objetivos es desestabilizar lo que actualmente experimentamos y damos por sentado como natural, esencial y verdadero mediante un examen de los factores que han hecho posibles diferentes formas de verdad (Rutherford, 2014). Cuando la aparente intemporalidad y “verdad” del presente se revela como el producto de una densa maraña de fuerzas sociohistóricas, una construcción más que una inevitabilidad, estamos en mejores condiciones para analizar nuestra situación actual, discernir alternativas y emitir juicios:

La historia crítica perturba y fragmenta, revela la fragilidad de lo que parece sólido, la contingencia de lo que parecía necesario, las raíces mundanas y cotidianas de lo que pretende una nobleza elevada. Nos permite pensar contra el presente, en el sentido de explorar sus horizontes y sus condiciones de posibilidad. Su objetivo no es predeterminar el juicio, sino que hacerlo posible. (Rose, 1996b, p. 122)

¿Cómo podrían las psicólogas feministas pensar cada vez más contra el presente? ¿Cómo podríamos aplicar esta forma de pensamiento a la propia psicología feminista, dada su posición disciplinar dentro de la psicología y su deuda histórica con los feminismos liberales de “Occidente”?

La historia crítica de la psicología no se limita únicamente a los modos psicológicos de “pensar sobre las personas y actuar sobre ellas” (Rose, 1996b, p. 104), sino que forja relaciones y vínculos con otros modos, como la criminología, la estadística, la medicina y la psiquiatría. Ash (2007) también ha destacado la importancia de localizar “los territorios de la psicología”

más allá de sus formulaciones disciplinarias, señalando que “todas las formas de pensamiento psicológico, dondequiera que se encuentren institucionalmente, podrían y deberían incluirse” (p. 4) en el trabajo histórico crítico. Ambos aspectos de la historia crítica sirven como recordatorios a las psicólogas feministas del valor de ir más allá del pensamiento disciplinario para explorar cómo la psicología feminista se relaciona con otros modos disciplinarios, pero también circula y es informada y transformada por sus territorios extra-disciplinarios (incluyendo el del feminismo en general). Como el historiador de la psicología Mike Pettit y yo hemos argumentado, la “psicología feminista” nunca ha sido (y no puede ser) una empresa autónoma; siempre ha sido una “ciencia pública” (Rutherford & Pettit, 2015).

Adoptar una postura autorreflexiva sobre cómo la propia psicología feminista se ha constituido -y se está constituyendo- en relación con otros modos disciplinarios de pensar y actuar sobre las personas y, en relación con sus territorios extradisciplinarios, puede hacer más visibles las elisiones con el postfeminismo y el neoliberalismo. Ayudaría a que el campo se alejara de la preocupación limitada y limitante de su estatus con respecto a la psicología (por ejemplo, “¿Ha cambiado la crítica feminista a la psicología?”), hacia compromisos más críticos: ¿Cómo, dónde y con qué efectos se han relacionado el feminismo y la psicología? ¿En qué condiciones intelectuales, culturales, económicas y políticas se han unido, qué formas han adoptado y, lo que es más importante, qué efectos intelectuales, sociales y materiales han tenido? ¿Cómo y dónde han colaborado con el neoliberalismo, y dónde se han resistido a él?

Junto con el mandato histórico crítico de pensar contra el presente, añadiría a la caja de herramientas de una psicóloga feminista crítica la noción de análisis coyuntural de Stuart Hall. El análisis coyuntural implica “pensar las relaciones entre las cosas” (Gill, 2011, p. 68), especialmente las relaciones entre cultura, ideología, estructuras económicas y fuerzas sociales que hacen posible una determinada “coyuntura” (como, en el famoso análisis de Hall, el ascenso del thatcherismo en Gran Bretaña, 1988). El análisis coyuntural se basa en la noción de hegemonía de Gramsci -un modo de gobierno

que se logra a través del amplio consentimiento de la población y no a través del poder jurídico o la dominación. Este amplio consentimiento se consigue haciendo que los razonamientos que sustentan los intereses de la clase dominante parezcan de “sentido común” para toda la sociedad. El análisis coyuntural examina cómo se consigue la hegemonía examinando la naturaleza de las ideas de sentido común que la mantienen unida y, lo que es más importante, cómo desarrollar discursos contra-hegemónicos, especialmente en momentos de crisis o amenaza para el orden dominante (como en periodos de crisis financiera, por ejemplo). Para las psicólogas feministas, el análisis coyuntural puede proporcionar un marco para desentrañar cómo se han arraigado las ideas de “sentido común” del neoliberalismo y el postfeminismo, y cómo desarrollar discursos contra-hegemónicos a medida que empezamos a imaginar “un futuro borroso en el que puede nacer un nuevo imaginario social” (Richardson, Bishop & García-Joslin, 2018, p. 17).

CONCLUSIÓN: INVESTIGACIÓN, ACTIVISMO Y LA PROMESA DE LA PEDAGOGÍA CRÍTICA

En conclusión, retomo los sentimientos de Gergen (1978) y Hall (1988) de que la teoría es más que un ejercicio intelectual: debe proporcionar una plataforma para el cambio social y la transformación práctica. Mi objetivo ha sido destacar cómo las psicólogas feministas pueden resistirse al compromiso acrítico con formas de teorización que se basan y refuerzan las formas de subjetividad neoliberal de género, y cómo podemos emplear más intencionadamente herramientas teóricas que nos permitan teorizar la subjetividad de nuevas maneras. Pero, como ejercicios teóricos, ¿son suficientes estas intervenciones? Las “posibilidades radicales” de la psicología feminista sin duda residen en su compromiso histórico de hacer un trabajo que importe, un trabajo con una agenda de cambio social (no de cambio individual) (Kanh Y Yoder, 1989; Yoder, 2015). La teoría importa, pero tenemos que hacer que importe más allá de los estrechos confines de la torre de marfil y, a la inversa, tenemos que permitir en la

academia lo que normalmente se ha mantenido fuera (o al menos se ha mantenido a raya): la política y el activismo para el cambio social.

Las psicólogas feministas están en una buena posición para desafiar la división artificial -e incluso insostenible- entre la erudición y el activismo (ver Rutherford, Vaughn-Blount & Ball, 2010). Como Richardson et al. han señalado recientemente, “la psicología puede tener que volverse seriamente política” (2018, p. 15), ya que la mismidad se ve afectada negativamente por la vida en una economía política neoliberal y una cultura empresarial narcisista. Podría decirse que la psicología feminista siempre ha sido política. Pero las psicólogas feministas pueden desafiar aún más la división artificial entre la búsqueda de conocimiento “objetivo” y la construcción “subjetiva” del mundo, recurriendo de manera más amplia y respetuosa al trabajo de las académicas decoloniales e indígenas. Estas estudiosas han criticado esta división como el producto de un proyecto particularmente masculinista y colonialista en el que la “investigación” está inextricablemente vinculada al imperialismo europeo. Al privilegiar la llamada generación de conocimiento “objetivo” que emana de los confines privilegiados de la “academia” (colonial), este proyecto desvincula el conocimiento de sus efectos sociales y de poder, con consecuencias a menudo violentas para los grupos marginados, especialmente los pueblos indígenas. Como Tuhiwai Smith (1999) ha argumentado de forma convincente, las propias metodologías deben descolonizarse. La investigación académica está impregnada de una historia de extracción de “datos” de los pueblos indígenas para promover la reputación de los académicos (no indígenas), sus instituciones y la cultura dominante.

Estas prácticas están siendo cada vez más resistidas y desafiadas por personas e investigadoras indígenas. Están desarrollando modelos de investigación basados en sus propios valores, prioridades y cosmovisiones. Aprendiendo de los estudios decoloniales e indígenas y pensando con ellos, las psicólogas feministas pueden seguir trabajando para cambiar la naturaleza de lo que “cuenta” como investigación, cómo se lleva a cabo y con qué objetivos. Este cambio debe incluir el

reconocimiento explícito de que toda investigación es política y moral, toda investigación es una intervención y, por lo tanto, la teoría y los métodos deben utilizarse con fines explícitos de justicia social. Una pregunta fundamental para todo/as lo/as investigadore/as se vuelve: ¿A qué prioridades responde esta investigación? ¿Cómo beneficiará y promoverá el bienestar de lo/as participantes en la investigación? ¿A sus comunidades? ¿Al mundo? (Denzin, Lincoln & Tuhiwai Smith, 2014).

Quiero cerrar con una reflexión más general sobre el papel que pueden desempeñar lo/as académico/as y educadore/as en la lucha contra el neoliberalismo “en su propio terreno”. Estamos lejos de ser inmunes en la academia al auge del individualismo empresarial y las fuerzas del mercado de la economía neoliberal. Como Navarro (2017) nos ha recordado recientemente: “Las vidas y los medios de subsistencia en la academia estadounidense están cada vez más determinados por el neoliberalismo, y es vital que seamos reflexivos y nos comprometamos con nuestras posiciones dentro de este proyecto” (p. 506). Casi a diario, mis estudiantes y yo nos enfrentamos a decisiones difíciles sobre si vamos a “jugar a los juegos neoliberales” de la empresa académica que ahora parecen ser necesarios para el “éxito” en la universidad. Con su conciencia crítica, mis estudiantes preguntan con razón: ¿Cómo podemos resistir? No hay respuestas fáciles. Pero tal vez todavía haya un lugar para revitalizar los mismos compromisos que llevaron a mucho/as de nosotros/as a la academia para luchar contra la reproducción del neoliberalismo y a nosotros/as mismo/as como sujetos neoliberales.

En 2006, los críticos culturales y educadores Henry y Susan Giroux publicaron un artículo titulado “Desafiando el nuevo orden mundial del neoliberalismo: La promesa de la pedagogía crítica” (Giroux & Giroux, 2006). Al evaluar el panorama social y político en aquel momento (hace más de 10 años), observaron que el neoliberalismo se había convertido en una de las ideologías más omnipresentes y peligrosas del siglo XXI, reduciendo toda relación social -incluida la de estudiante y profesor/a- a la de proveedor/a y consumidor/a. Desde entonces, la situación en muchas partes del mundo no ha hecho más que empeorar (Navarro, 2017; Shore, 2008). ¿Su solución? Volver a lo

que Bell Hooks (1994) llama pedagogía comprometida, o lo que Giroux y Giroux (2006), también bajo la influencia de Paulo Freire, llaman pedagogía crítica:

La pedagogía como práctica crítica debe crear las condiciones en el aula que proporcionen los conocimientos, las habilidades y la cultura del cuestionamiento necesarios para que los estudiantes entablen un diálogo crítico con el pasado, cuestionen la autoridad y sus efectos, luchen contra las relaciones de poder en curso y se preparen para lo que significa ser ciudadanos críticos y activos en las esferas públicas locales, nacionales y mundiales interrelacionadas. (p. 28)

Nos recuerdan que la educación pública va más allá de la preparación para el trabajo o incluso de la conciencia crítica: se trata de “imaginar futuros diferentes y a la política como forma de intervención en la vida pública” (p. 29). Quizás, combinadas con la pedagogía crítica, algunas de las herramientas teóricas aquí presentadas puedan ayudarnos a imaginar futuros diferentes, futuros en que el feminismo y la psicología se unen de forma disruptiva para combatir el nuevo orden mundial del neoliberalismo.

DECLARACIÓN DE CONFLICTO DE INTERESES

La autora declara no tener ningún conflicto de intereses en relación con la investigación, la autoría y/o la publicación de este artículo.

FINANCIACIÓN

La autora declara haber recibido el siguiente apoyo financiero para la investigación, autoría y/o publicación de este artículo: Esta investigación ha sido financiada por una beca Insight de Ciencias Sociales y Humanidades (Subvención n.º: 435-2017-0951).

NOTAS

1. Reconozco la crítica de que el concepto de neoliberalismo se ha ampliado tanto que puede haber perdido toda fuerza analítica coherente (véase Clarke, 2008). Sin embargo, estos mismos críticos han esbozado una combinación de características que pueden constituir el núcleo conceptual del neoliberalismo, y al menos una de ellas -una concepción específica de la persona en términos de individualismo empresarial- es directamente relevante para las cuestiones que se abordan en este documento (véase Sugarman, 2015).
2. Rose (1990, 1996a), inspirándose en Foucault (por ejemplo, Foucault, 1988), ha escrito extensamente sobre el papel de las disciplinas psíquicas en el “yo como proyecto”, pero ni Rose ni Foucault prestan mucha atención a las cuestiones de género.
3. Incluyo aquí los productos sexofarmacéuticos a pesar de que existe una sólida bibliografía que demuestra la orientación de los hombres como consumidores de medicamentos para mejorar la sexualidad, por ejemplo, Viagra (véase Gurevich, Leedham, Brown-Bowers, Cormier & Mercer, 2017; Loe, 2004; Vares & Braun, 2006). Dada la reciente aprobación por parte de la FDA de la flibanserina, o “Viagra femenina”, como comentaré brevemente más adelante, cabe imaginar que las mujeres pronto serán el objetivo directo como consumidoras importantes en el mercado sexofarmacéutico.
4. Sobre las formas que puede adoptar la relación entre feminismo y psicología, véanse Rutherford (2012) y Rutherford y Pettit (2015). Sobre feminismo y psicología teórica, véase Rutherford, Sheese y Ruck (2015).
5. He pasado aquí a utilizar el “nosotras” no porque prevea que todas mis lectoras se identifiquen como psicólogas feministas, sino porque yo, como autora, me identifico con este grupo y me considero comprometida (aunque sea imperfectamente) con la labor que defiende.

6. Para un ejemplo de cómo traducir la crítica en disrupción a nivel de métodos de investigación, véase McClelland (2017).
7. Utilizo la expresión bastante vaga y ahistórica de “feminismo liberal” para referirme a una amplia clase de pensamiento y política feministas que está histórica y geográficamente arraigada en “Occidente”, que ha tendido a hacer hincapié en la teoría dualista y binaria del género, y que ha adoptado como objetivo primordial la consecución de la igualdad de género. Sostengo, como otros, que estos aspectos del feminismo liberal se han adoptado sin problemas en los ámbitos neoliberales de la educación, el desarrollo global y la política sanitaria para extraer el género de su contexto sociocultural de raza y clase y promover un “ideal abstracto y dislocado de igualdad” (Ringrose, 2007, p. 473).
8. El individualismo empresarial, también recogido por la expresión “el sujeto emprendedor”, se define como la relación con uno mismo como si fuera una empresa, como un conjunto de activos que requieren gestión y en los que se debe invertir. Estas inversiones deben garantizar una alta tasa de retorno en forma de éxito personal y financiero, generando al mismo tiempo actividad económica para el mercado (véase Sugarman, 2015, p. 104).
9. La historia completa de la aparición del discurso del “poder de las chicas” queda fuera del alcance de este documento, pero véase Gonick (2006) y Riordan (2001).
10. De hecho, vario/as psicólogo/as crítico/as han argumentado persuasivamente que la política y la práctica del desarrollo se han psicologizado cada vez más y en profundidad; véase Klein (2017).
11. Como han demostrado algunas reacciones recientes (francesas) al movimiento #MeToo, sugerir siquiera que uno ha sufrido acoso sexual es acercarse peligrosamente a abrazar el victimismo y negar la agencia sexual de las mujeres.
12. Por supuesto, la subjetividad y su constructo estrechamente relacionado, el “yo”, no siempre

se han basado en la noción del “interior”. Lo/as historiadore/as han observado cambios hacia un yo cada vez más interiorizado, a partir del siglo XVII, tal y como se expresa a través de géneros y prácticas literarias, representaciones artísticas y cambios en la vida familiar y las prácticas religiosas (véase Seigel, 2005; Taylor, 1989). La subjetividad interiorizada es una condición necesaria pero no suficiente para las formas neoliberales de subjetividad, que también hacen hincapié en el autodomínio, la responsabilización y el individualismo empresarial.

REFERENCIAS

- Ash, M. (2007). Psychological thought and practice: Historical and interdisciplinary perspectives. In M. Ash & T. Sturm (Eds.), *Psychology's territories: Historical and contemporary perspectives from different disciplines* (pp. 1-27). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Baker, J. (2008). The ideology of choice. Overstating progress and hiding injustice in the lives of young women: Findings from a study in North Queensland, Australia. *Women's Studies International Forum*, 31, 53-64.
- Baker, J. (2010). Claiming volition and evading victimhood: Post-feminist obligations for young women. *Feminism & Psychology*, 20, 186-204.
- Bay-Cheng, L. Y. (2012). Recovering empowerment: De-personalizing and re-politicizing adolescent female sexuality. *Sex Roles*, 66, 713-717.
- Bay-Cheng, L. Y. (2015). The agency line: A neoliberal metric for appraising young women's sexuality. *Sex Roles*, 73, 279-291.
- Becker, D. (2005). *The myth of empowerment: Women and the therapeutic culture in America*. New York, NY: New York University Press.
- Becker, D., & Marecek, J. (2008). Dreaming the American dream: Individualism and positive psychology. *Social and Personality Psychology Compass*, 2, 1767-1780.
- Belluz, J. (2015, September 18). *What the FDA's approval of "pink Viagra" tells us about the problems with drug regulation*. Vox. Retrieved from <https://www.vox.com/2015/9/18/9333639/female-pink-viagra-fda-approved>
- Bhatia, S. (2017). *Decolonizing psychology: Globalization, social justice, and Indian youth identities*. New York, NY: Oxford.
- Bowleg, L. (2008). When Black + lesbian + woman ≠ Black lesbian woman: The methodological challenges of qualitative and quantitative intersectionality research. *Sex Roles*, 59, 312-329.
- Braun, V. (2009). "The women are doing it for themselves": The rhetoric of choice and agency around female genital "cosmetic surgery." *Australian Feminist Studies*, 24, 233-249.
- Budgeon, S. (2011). The contradictions of successful femininity: Third wave feminism, postfeminism, and "new" femininities. In R. Gill & C. Scharff (Eds.), *New femininities: Postfeminism, neoliberalism, and subjectivity* (pp. 279-292). London, UK: Palgrave Macmillan.
- Cabanas, E. (2018). Positive psychology and the legitimation of individualism. *Theory & Psychology*, 28, 3-19.
- Clarke, J. (2008). Living with/in and without neoliberalism. *Focaal: European Journal of Anthropology*, 51, 135-147.

- Cole, E. (2008). Coalitions as a model for intersectionality: From practice to theory. *Sex Roles*, 59, 443–453.
- Cole, E. (2009). Intersectionality and research in psychology. *American Psychologist*, 64, 170–180.
- Collins, P. H. (1990). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. New York, NY: Routledge.
- Cooper, B. (2016). Intersectionality. In L. Disch & M. Hawkesworth (Eds.), *The Oxford handbook of feminist theory* (pp. 385–406). New York, NY: Oxford University Press.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A Black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory, and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989, 139–167.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43, 1241–1299.
- Denzin, N. K., Lincoln, Y. S., & Tuhiwai Smith, L. (2014). *Handbook of critical and indigenous methodologies*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Ehrenreich, B., & English, D. (1979). *For her own good: 150 years of experts' advice to women*. Garden City, NJ: Doubleday.
- Else-Quest, N., & Hyde, J. S. (2016). Intersectionality in quantitative psychological research II: Methods and techniques. *Psychology of Women Quarterly*, 40, 319–336.
- Fahs, B., & McClelland, S. (2016). When sex and power collide: An argument for critical sexuality studies. *Journal of Sex Research*, 53, 392–416.
- Fausto-Sterling, A. (2015, November 23). “Female Viagra” is no feminist triumph. *Boston Review*. Retrieved from <http://bostonreview.net/wonders/anne-fausto-sterling-female-viagra-feminism-addyi>
- Foucault, M. (1988). Technologies of the self. In L. H. Martin, H. Gutman, & P. H. Hutton (Eds.), *Technologies of the self: A seminar with Michel Foucault* (pp. 16–49). London, UK: Tavistock.
- Fredrickson, B. L., & Roberts, T.-A. (1997). Objectification theory: Toward understanding women's lived experience and mental health risks. *Psychology of Women Quarterly*, 21, 173–206.
- Gavey, N. (2012). Beyond “empowerment”? Sexuality in a sexist world. *Sex Roles*, 66, 718–724.
- Genz, S., & Brabon, B. A. (2009). *Postfeminism: Cultural texts and theories*. Edinburgh, UK: Edinburgh University Press.
- Gergen, K. (1978). Toward generative theory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 1344–1360.

- Gill, R. (2003). From sexual objectification to sexual subjectification: The resexualisation of women's bodies in the media. *Feminist Media Studies*, 3, 100–106.
- Gill, R. (2007a). *Gender and the media*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Gill, R. (2007b). Postfeminist media culture: Elements of a sensibility. *European Journal of Cultural Studies*, 10, 147–166.
- Gill, R. (2008). Culture and subjectivity in neoliberal and postfeminist times. *Subjectivity*, 25, 432–445.
- Gill, R. (2011). Sexism reloaded, or, it's time to get angry again! *Feminist Media Studies*, 11, 61–71.
- Gill, R., & Scharff, C. (Eds.). (2011). *New femininities: Postfeminism, neoliberalism, and subjectivity*. New York, NY: Palgrave Macmillan.
- Gillespie, R. (1996). Women, the body, and brand extension in medicine: Cosmetic surgery and the paradox of choice. *Women and Health*, 24, 69–85.
- Giroux, H. A., & Giroux, S. S. (2006). Challenging neoliberalism's new world order: The promise of critical pedagogy. *Cultural Studies <=> Critical Methodologies*, 6, 21–32.
- Gonick, M. (2006). Between "Girl Power" and "Reviving Ophelia": Constituting the neoliberal girl subject. *NWSA Journal*, 18, 1–22.
- Grabe, S., & Else-Quest, N. S. (2012). The role of transnational feminism in psychology: Complementary visions. *Psychology of Women Quarterly*, 36, 158–161.
- Greenwood, R. M. (2017). Intersectionality foundations and disciplinary adaptations: Highways and byways. In K. Case (Ed.), *Intersectional pedagogy: Complicating identity and social justice* (pp. 27–45). New York, NY: Routledge.
- Gurevich, M., Leedham, U., Brown-Bowers, A., Cormier, N., & Mercer, Z. (2017). Propping up pharma's (natural) neoliberal phallic man: Pharmaceutical representations of the ideal sexuopharmaceutical user. *Culture, Health & Sexuality*, 19, 422–437.
- Hall, S. (1988). The toad in the garden: Thatcherism among the theorists. In C. Nelson & L. Grossberg (Eds.), *Marxism and the interpretation of culture* (pp. 35–57). Urbana: University of Illinois Press.
- Harjunen, H. (2016). *Neoliberal bodies and the gendered fat body*. New York, NY: Routledge.
- Hollway, W., & Jefferson, T. (2012). *Doing qualitative research differently: A psychosocial approach (2nd ed.)*. London, UK: Sage.
- Hooks, b. (1994). *Teaching to transgress: Education as the practice of freedom*. New York, NY: Routledge.
- Illouz, E. (2008). *Saving the modern soul: Therapy, emotions, and the culture of self-help*. Berkeley: University of California Press.

- Kahn, A. S., & Yoder, J. D. (1989). The psychology of women and conservatism: Rediscovering social change. *Psychology of Women Quarterly*, 13, 417–432.
- Klein, E. (2017). *Developing minds: Psychology, neoliberalism, and power*. London, UK: Routledge.
- Koffman, O., & Gill, R. (2013). “The revolution will be led by a 12-year-old girl”: Girl power and global biopolitics. *Feminist Review*, 105, 83–102.
- Kurtiş, T., & Adams, G. (2015). Decolonizing liberation: Toward a transnational feminist psychology. *Journal of Social and Political Psychology*, 3, 388–413.
- Kurtiş, T., & Adams, G. (2017). Decolonial intersectionality: Implications for theory, research, and pedagogy. In K. Case (Ed.), *Intersectional pedagogy: Complicating identity and social justice* (pp. 46–59). New York, NY: Routledge.
- Lamb, S. (2010). Feminist ideals for a healthy female adolescent sexuality: A critique. *Sex Roles*, 62, 294–306.
- Lerum, K., & Dworkin, S. L. (2015). Sexual agency is not a problem of neoliberalism: Feminism, sexual justice, and the carceral turn. *Sex Roles*, 73, 319–331.
- Liebert, R., Leve, M., & Hui, A. (2011). The politics and possibilities of feminist activism in contemporary feminist psychologies. *Psychology of Women Quarterly*, 35, 697–704.
- Loe, M. (2004). *The rise of Viagra: How the little blue pill changed sex in America*. New York, NY: NYU Press.
- Marecek, J. (1995). Psychology and feminism: Can this relationship be saved? In D. C. Stanton & A. J. Stewart (Eds.), *Feminisms in the academy* (pp. 101–132). Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Martin, E. (2010). Self-making and the brain. *Subjectivity*, 3, 366–381.
- McCall, L. (2005). The complexity of intersectionality. *Signs*, 30, 1771–1800.
- McClelland, S. (2017). Conceptual disruption: The self-anchored ladder in critical feminist research. *Psychology of Women Quarterly*, 41, 451–464.
- McGee, M. (2005). *Self-help, inc.: Makeover culture in American life*. New York, NY: Oxford.
- McRobbie, A. (2004). Post-feminism and popular culture. *Feminist Media Studies*, 4, 255–264.
- Meenagh, J. (2017). Breaking up and hooking up: A young woman’s experience of “sexual empowerment”. *Feminism & Psychology*, 27, 447–464.
- Mialet, H. (2009). Reincarnating the knowing subject: Scientific rationality and the situated body. *Qui Parle: Critical Humanities and Social Sciences*, 18, 53–73.

Mialet, H. (2012). *Hawking incorporated: Stephen Hawking and the anthropology of the knowing subject*. Chicago, IL: The University of Chicago Press.

Moradi, B., & Huang, Y. (2008). Objectification theory and psychology of women: A decade of advances and future directions. *Psychology of Women Quarterly*, 32, 377–398.

Murphy, M. (2012–2013). The girl: Mergers of feminism and finance in neoliberal times. *The Scholar & Feminist Online*, 11.1–11.2. Retrieved from <http://sfonline.barnard.edu/genderjustice-and-neoliberal-transformations/the-girl-mergers-of-feminism-and-finance-in-neoliberal-times/>

Murphy, M. (2017). *The economization of life*. Durham, NC: Duke University Press.

Nash, J. C. (2008). Re-thinking intersectionality. *Feminist Review*, 89, 1–15.

Navarro, T. (2017). But some of us are broke: Race, gender, and the neoliberalization of the academy. *American Anthropologist*, 119, 506–517.

Nelson, J. (2003). *Women of color and the reproductive rights movement*. New York, NY: NYU Press.

Patil, V. (2013). From patriarchy to intersectionality: A transnational feminist assessment of how far we've really come. *Signs*, 38, 847–867.

Peterson, R., Grippo, K. P., & Tantleff-Dunn, S. (2008). Empowerment and powerlessness: A closer look at the relationship between feminism, body image, and eating disturbance. *Sex Roles*, 58, 639–648.

Peterson, Z. (2010). What is sexual empowerment? A multidimensional and process-oriented approach to adolescent girls' sexual empowerment. *Sex Roles*, 62, 307–313.

Puar, J. K. (2007). *Terrorist assemblages: Homonationalism in queer times*. Durham, NC: Duke University Press.

Rich, E. (2005). Young women, feminist identities, and neo-liberalism. *Women's Studies International Forum*, 28, 495–508.

Richardson, F. C., Bishop, R. C., & Garcia-Joslin, J. (2018). Overcoming neoliberalism. *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology*, 38, 15–28.

Riger, S. (1993). What's wrong with empowerment? *American Journal of Community Psychology*, 21, 279–292.

Rimke, H. M. (2000). Governing citizens through self-help literature. *Cultural Studies*, 14, 61–78.

Ringrose, J. (2007). Successful girls? Complicating post-feminist, neo-liberal discourses of educational achievement and gender equality. *Gender and Education*, 19, 471–489.

Riordan, E. (2001). Commodified agents and empowered girls: Consuming and producing feminism. *Journal of Communication Inquiry*, 25, 279–297.

Rose, N. (1990). *Governing the soul: The shaping of the private self*. London, UK: Routledge.

Rose, N. (1996a). *Inventing our selves: Psychology, power, and personhood*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Rose, N. (1996b). Power and subjectivity: Critical history and psychology. In C. Graumann & K. Gergen (Eds.), *Historical dimensions of psychological discourse* (pp. 103–124). Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Rose, N., & Abi-Rached, J. M. (2013). *Neuro: The new brain sciences and the management of the mind*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Rutherford, A. (2012). O feminismo precisa da psicologia? Reconstruindo a história de uma relação [Does feminism need psychology? Reconstructing the history of a relationship]. In F. Teixeira Portugal & A. M. Jacó-Vilela (Eds.), *Clio-Psyché – Gênero, Psicologia, História* [*“ClioPsyché: Gender, psychology, and history”*] (pp. 23–41). Rio de Janeiro, Brazil: Nau Editora/ Faperj.

Rutherford, A. (2014). Historiography. In T. Teo (Ed.), *Encyclopedia of critical psychology* (Vol. 2; pp. 866–872). New York, NY: Springer SBM.

Rutherford, A., & Pettit, M. (2015). Feminism and/in/as psychology: The public sciences of sex and gender. *History of Psychology*, 18, 223–237.

Rutherford, A., Sheese, K., & Ruck, N. (2015). Feminism and theoretical psychology. In J. Martin, K. Slaney, & J. Sugarman (Eds.), *The Wiley handbook of theoretical and philosophical psychology* (pp. 374–391). New York, NY: Wiley-Blackwell.

Rutherford, A., Vaughn-Blount, K., & Ball, L. C. (2010). Responsible opposition, disruptive voices: Science, activism, and the history of feminist psychology. *Psychology of Women Quarterly*, 34, 460–473.

Scharff, C. (2016). Gender and neoliberalism: Young women as ideal neoliberal subjects. In S. Springer, K. Birch, & J. MacLeavy (Eds.), *The handbook of neoliberalism* (pp. 271–281). New York, NY: Routledge.

Segal, J. Z. (2018). Sex, drugs, and rhetoric: The case of flibanserin for “female sexual dysfunction”. *Social Studies of Science*, 48(4), 459–482. doi: 10.1177/0306312718778802

Seigel, J. (2005). *The idea of the self: Thought and experience in western Europe since the seventeenth century*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Shields, S. A. (2008). Gender: An intersectionality perspective. *Sex Roles*, 59, 301–311.

Shore, C. (2008). Audit culture and illiberal governance: Universities and the politics of accountability. *Anthropological Theory*, 8, 278–298. doi: 10.1177/1463499608093815

Siegel, D. (2007). *Sisterhood interrupted: From radical women to grrls gone wild*. Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan.

Silliman, J., Fried, M. G., Ross, L., & Gutierrez, E. R. (Eds.). (2004). *Undivided rights: Women of color organize for reproductive justice*. Boston, MA: South End Press.

Solinger, R. (2001). *Beggars and choosers: How the politics of choice shapes adoption, abortion, and welfare in the United States*. New York, NY: Hill and Wang.

Spence, J. T. (1985). Achievement American style: The rewards and costs of individualism. *American Psychologist*, 40, 1285–1295.

Sugarman, J. (2015). Neoliberalism and psychological ethics. *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology*, 35, 103–116.

Taylor, C. (1989). *Sources of the self: The making of the modern identity*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Tuhiwai Smith, L. (1999). *Decolonizing methodologies: Research and indigenous peoples*. London, UK: Zed Books.

Vares, T., & Braun, V. (2006). Spreading the word, but what word is that? Viagra and male sexuality in popular culture. *Sexualities*, 9, 315–332.

Walkerdine, V. (2003). Reclassifying upward mobility: Femininity and the neo-liberal subject. *Gender and Education*, 15, 237–248.

Wilkinson, S. (1991). Why psychology (badly) needs feminism. In J. Aaron & S. Walby (Eds.), *Out of the margins: Women's studies in the nineties* (pp. 191–203). London, UK: The Falmer Press.

Williams, R., & Wittig, M. A. (1997). “I’m not a feminist, but...”: Factors contributing to the discrepancy between pro-feminist orientation and feminist social identity. *Sex Roles*, 37, 885–904.

Winston, A. S. (2018). Neoliberalism and IQ: Naturalizing economic and racial inequality. *Theory & Psychology*, 28, 600–618.

Yoder, J. (2015). Looking backward and moving forward: Our feminist imperative to do work that matters. *Psychology of Women Quarterly*, 39, 427–431.

Zucker, A. N. (2004). Disavowing social identities: What it means when women say, “I’m not a feminist, but...”. *Psychology of Women Quarterly*, 28(4), 423–435.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Alexandra Rutherford es catedrática de Psicología en el programa de posgrado Estudios Históricos, Teóricos y Críticos de Psicología de la Universidad York de Toronto. Su trabajo se centra en la historia del activismo feminista en psicología y su relación con la sociedad. Es la fundadora y directora del proyecto de historia oral y archivo digital Psychology's Feminist Voices (<http://www.feministvoices.com/>) y es miembro de la Asociación Americana de Psicología y de la Asociación Canadiense de Psicología. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran "Surveying rape: Feminist social science and the ontological politics of sexual assault" en la revista History of the Human Sciences y "Making better use of U.S. women: Psychology, sex roles, and womanpower in post-WWII America" en la revista Journal of the History of the Behavioral Sciences.